

Onetti
Eduardo Galeano

Yo no tenía ni veinte años y andaba jugando a la gallina ciega por las noches del mundo. Quería pintar, y no podía. Quería escribir, y no sabía. A veces escribía algún cuento, y a veces se lo llevaba a Juan Carlos Onetti.

Él estaba siempre en cama, por pereza, por tristeza, rodeado por pirámides de puchos, tras una muralla de botellas vacías. Yo me sentía en la obligación de emitir frases inteligentísimas. El maestro Onetti miraba el techo y no abría la boca más que para bostezar, fumar y beber, lenta sueñera, pitadas lentas, tragos lentos, y quizá mascullaba algún fruto de sus prolongadas meditaciones sobre la situación nacional:

—*la cosa se jodió* —decía— *el día que los milicos y las mujeres aprendieron a leer.*

Sentado a su orilla, yo esperaba que él me dijera que aquellos cuentitos míos eran indudablemente geniales, pero él callaba, y a lo sumo gruñía o me estimulaba así:

—*Mirá, pibe. Si Beethoven hubiera nacido en Tacuarembó, hubiera llegado a ser director de la banda del pueblo.*